

laguna que estaba llena de mosquitos y de moscas tan gruesas como las abejas, y cuyo aguijón era tan puntiagudo, que parecía la misma piel de los jabalíes; de suerte que además de las incomodidades que se podían hallar en este lugar por la cualidad del terreno y la dificultad de tener agua, se hacía aún menos habitable por la importunidad de esos insectos. Mas, aunque hubiera habido alguna mansión cómoda y agradable en esa soledad, los solitarios no estaban dispuestos á oprovecharse de ella, como lo hemos visto en la Vida de San Macario de Alejandría, teniendo por máxima que no se deben esperar las alegrías del cielo, cuando se han buscado demasiado las satisfacciones de la tierra.

Tambien se podrá juzgar de su mortificación por el cuidado que tenían en hacerse violencia en las cosas que más repugnan á la naturaleza. Un solo ejemplo citaremos aquí entre otros que omitimos para evitar el extendernos demasiado. En una de esas comidas que al domingo hacian en comunidad, un hermano que tenía la petuita, se encontró indispuerto y escupió más de una vez é imprudentemente contra el hábito del hermano que estaba á su lado. Este al momento estuvo tentado de hacerle apercibir de ello, pero bien lejos de seguir su pensamiento, pasó muy lentamente su boca sobre la escupinada diciéndose á sí mismo: O ni siquiera sueñas en contristar á tu herma no con un reproche, ó te comerás eso que tanto te ha horrorizado.

Esos santos solitarios vivian así en un completo desprendimiento de todas las cosas y de sí mismos, dirigiendo todas sus esperanzas hacia el cielo. Por eso practicaban una pobrera tan grande, que se puede decir que nada poseian sobre la tierra. Ellos jamás se quitaban un hábito que no fuera completamente inútil para cubrirlos. Se puede juzgar de la pobreza de sus celdas por el tiempo que empleaban en construir las. En un solo dia construían una, y al pri-

mero que se presentaba, sin pena se la cedían con todos sus pequeños muebles. Ellos no cuidaban de otras provisiones que del material de sus obras. Del fruto de su trabajo se alimentaban, y como su frugalidad era extremada, estaban dispensados de proveerse con abundancia, lo que hubiesen sido tentados de hacer, si hubiesen estado más apegados á la vida, ó hubiesen tenido menos confianza en la Providencia.

Al efecto se cita un ejemplo que prueba cuán poco apegados estaban á los bienes de la tierra. Un hombre de consideración llevó á Scete una considerable suma de dinero, y rogó al sacerdote de la iglesia que lo distribuiera á los hermanos que estaban reunidos. El sacerdote, que conocía su desprendimiento, le indicó que los hermanos no tenían necesidad de ello; pero insistiendo fuertemente este sujeto en que lo distribuyera, para contentarle puso el cesto que contenía ese dinero en la puerta de la iglesia, y en su presencia dijo á los hermanos: « Los que tengan necesidad de dinero, pueden tomarlo: » mas, ninguno tomó. Y aún hubo que ni siquiera lo miraron. Entonces el sacerdote, dirigiéndose á ese caritativo sujeto, le dijo: « Dios ha recibido vuestra ofrenda, tomad vuestro dinero y distribuidlo á los pobres: » Entonces él se retiró muy edificado del desprendimiento de tales religiosos.

Otro fué también á presentar dinero á uno de los Ancianos, que era leproso, diciéndole: Vos sois viejo y estáis enfermo, recibid, pues, esto para subveniros en vuestras necesidades. » — « ¡Hola! le respondió el viejo, há ya sesenta años que estoy enfermo y que Dios por su bondad ha proveido á mi sustento, y vos querríais que yo me privase de los efectos de su Providencia, convirtiéndoos á vos mismo en mi padre nutridor? » Así se escusó de recibir lo que se le ofrecía.

Hemos dicho que vivían del producto de su trabajo, y

conviene observar que aquellos que vivían en los grandes monasterios, nada de su producto se guardaban particularmente; sino que el abad ó el administrador eran los que lo empleaban al uso de la comunidad. Los que vivían en celdas apartadas, guardaban ese producto para su sustento con el permiso del sacerdote del desierto, ó del consejo de los Ancianos, y por consiguiente con dependencia, no pudiendo hacerlo de otro modo para su sustento; y aquellos que tenían discípulos, hacían lo mismo que el abad ó el administrador de los grandes monasterios. Esta es la observación muy sabia y profunda sobre la historia que hace Bivario á quién hemos ya citado. Mas, el espíritu de pobreza era siempre tan bien observado, que jamás se habían atrevido á guardar nada sin permiso, como consta por el juicio que San Macario, San Pambon y otros Ancianos emitieron en una asamblea, según San Jerónimo, contra un monje que después de haber fallecido se probó que había muerto propietario, y que sirvió de ejemplo ó todos los solitarios, aun á los del Egipto, como lo hemos dicho en la Vida de San Macario.

Su principal trabajo consistía en hacer cestos, espuestas, fajas para los caballos, etc. Preferían esas clases de trabajo á otros que exigían mayor acción, sea porque estando debilitados por sus ayunos, no tenían bastante vigor para los trabajos más penosos, sea porque haciendo esas obras sentados, estaban menos disipados y trabajando se recogían más facilmente en Dios. Sin embargo, al tiempo de la siega, se felicitaban por segar, y de ello se ha hablado mucho en sus Vidas, en donde á este objeto se hallan ejemplos de rectitud, paciencia, desprendimiento y caridad muy frecuentes, y todos admirables. Ellos de ningún modo se hubiesen atrevido á comer un grano de trigo sin el permiso del maestro de campo; jamás disputaban sobre el salario; aguardaban la paga en paciencia tanto cuanto

se les exigía, algunas veces ni aún la exigían: tan desprendidos estaban de todo.

Se lee en la *Colección de las Acciones insignes* hecha por el diácono Pelagio, un ejemplo que nos puede hacer juzgar del espíritu de caridad y desprendimiento de esos religiosos. Tres hermanos se habían felicitado para segar un campo muy vasto, pues contenía sesenta medidas de tierra; más sucedió que al primer día uno de ellos fué cogido por la fiebre obligándole á retirarse. Los otros dos reunidos convinieron en segar solos todo el campo y dar enseguida á ese hermano el salario de la porción que él habría segado si no hubiese enfermado; pero, como ese trabajo fuera superior á sus fuerzas, recurrieron á la oración, y Dios les escuchó tan benévolo, que concluyeron todo el trabajo y casi sin pena. Cuando fueron á percibir su salario, llamaron al hermano que había estado enfermo, á fin de retirar su parte; mas él la rehusó, alegando que no había trabajado. Los otros le replicaron que no había sido por su culpa, y que ellos habiendo pedido á Dios les diera fuerzas para segar su porción de trabajo, con la intención que el recibiera como ellos la paga, Dios los había escuchado, y por eso había demostrado que quería que él recibiera su salario lo mismo que ellos. En fin, en vista de esta contestación de caridad, se convino en elevarlo á la decisión de un Anciano de gran reputación, y se le expuso el hecho, alegando cada uno sus razones. Este Anciano, después de haber les escuchado con atención, dijo á uno de sus discípulos: « Id á llamar á todas las celdas, y decid á los hermanos que vengan aquí. » Cuando estuvieron todos allí, les dijo: « Escuchad, hermanos míos, el objeto de una disputa que se ha promovido, y el juicio que se me ha obligado á emitir. » Les detalló cuanto sobre la cuestión se había dicho delante de él por una y otra parte; después de lo cual concluyó diciendo que el hermano á quién la fiebre

habia impedido segar, recibiría no obstante la porción del salario que los otros caritativamente le cedían, con la salvedad, que enseguida dispondría de ello como mejor le pareciera. Este hermano se sometió; pero se retiró derramando lágrimas, como si por esta sentencia pronunciada en su favor se le hubiese ocasionado algún perjuicio.

Nada decimos del orden del oficio, por haber hablado de ello en la regla de San Macario y en las otras dos. Sólo añadiremos que principalmente recomendaban la exactitud á todo trance en acudir á él á la primera señal; que se consideraba la salmodia y la oración mental como el primer deber y el mayor ejercicio de los monjes, y que siendo eso lo más difícil por razón de la guerra que los espíritus de las tinieblas entonces hacían á los solitarios para hacerles retroceder, los Ancianos no cesaban de escitar á los jóvenes á combatirlos y á no ceder jamás, sea por la negligencia en ir con asiduidad, sea por la disipación del espíritu ó el relajamiento del corazón.

Esta era en efecto la costumbre de esos hombres de oración, orar con las manos elevadas al cielo; y nosotros vimos que San Macario decía á sus discipulos que para orar bien no era necesario hablar muchos sino que bastaba elevar las manos al cielo con la frecuencia posible. El diácono Pelagio cuenta del abad José, que queriendo enseñar al abad Loth su discipulo, como debía orar, elevó las manos al cielo, y que sus dedos le parecieron como otras tantas lámparas encendidas, y le dijo: « Si lo sabéis hacer bien, vuestra oración será tan fervorosa que quedaréis todo abrasado. »

Ellos recomendaban mucho á los jóvenes religiosos que guardasen su celda y que no salieran de ella inútilmente, ya para aprender el espíritu de su estado, ya para conservarse recogidos y en una disposición siempre próxima á la oración.

El abad Moisés dijo á un joven solitario que iba á pedirle consejos: « Estáo tranquilo dentro de vuestra celda, élla os enseñará todo cuanto debéis hacer. » Otro joven solitario fué un día á encontrar á San Arsenio, y le dijo: « Padre mio, mi espíritu está turbado, viendo que no puedo ayunar ni trabajar, ni servir á los enfermos, no obstante sér esos los medios de merecer las recompensas del cielo, » El santo le respondió: « Volved á vuestra celda, allí comed, bebed, dormid según la necesidad; y sólo os recomiendo que no salgais de élla sin necesidad; pues la perseverancia en permanecer en élla muy pronto consolida al religioso en el estado de piedad que debe poseer. » Este solitario se aprovechó del consejo, estándose en su celda. Al tercer día empezó á fastidiarse; mas habiendo encontrado algunos ramos de palmera se detuvo á cortarlos, y al día siguiente empezó á construir un cesto. Viniéndole enseguida ganas de comer, se dijo á sí mismo: « Yo quiero arrancar las hojas de la palmera, y después comeré. » Como hubiese ya arrancado estas hojas, en lugar de comer dijo: « Ahora haré un poco de lectura y después comeré. » Después de la lectura todavía dijo: « Más vale que ahora rece algunos salmos, y cuando los habré rezado, será hora de comer, y lo podré hacer con toda seguridad. » Hizo lo mismo durante algun tiempo; y poco á poco, con la ayuda del Señor, llegó á disipar los pensamientos que la atormentaban y á seguir la regla de los otros solitarios.

La guarda de la celda era, pues, una de las principales recomendaciones que los Ancianos hacían á los jóvenes solitarios. Mas nunca era en perjuicio de los ejercicios comunes, ó de aquello que la obediencia les prescribía; y una de las mayores máximas era que los jóvenes religiosos jamás se debían conducir por su propio consejo, sino por los de sus padres espirituales; sin lo cual, ó se les ponía

penitencia, ó se les despedía. Sucedió un día que un hombre joven habiendo dejado el siglo y tomado el hábito monástico, quiso de momento encerrarse en la celda como un recluso, diciendo: « Yo quiero ser solitario. » Pero los Ancianos que habitaban las celdas vecinas habiendolo oido, lo hicieron salir, y le obligaron á ir á todas las celdas de los otros hermanos diciendo á cada uno: « Perdonadme, os ruego, yo reconozco que no soy solitario y que sólo he abrazado el estado monástico. »

Tampoco se permitía que ningún solitario por su propio consejo se engolfara en un camino de devoción que no hubiese sido trazado por los Ancianos que les habían precedido, por temor que el demonio se sirviera de eso para ilusionarlos, ó que su ejemplo no viniera á ser contagioso; pues el hombre ama naturalmente la novedad, y tiende á su propio espíritu; mientras que el espíritu de Dios inspira la humildad, la abnegación de su propio sentido y el amor á la dependencia.

Por esto con frecuencia se probaba la virtud de los religiosos con la humillación y la obediencia, y sobre todo de los jóvenes solitarios, á quienes siempre se les entregaba por guía un Anciano, al cual estaban obligados de obedecer, y quien los probaba con prácticas humillantes, ó que contradecían á veces su razón, á fin de que se acostumbrasen á hacer doblar su voluntad bajo el yugo de una obediencia ciega. Se ha visto en la Vida de san Arsenio, á que humillante prueba redujo á Juan el Enano, para probar si su vocación era buena.

Esta conducta estaba llena de sabiduría; y cuando los novicios habían permanecido dóciles á sus padres espirituales durante un cierto número de años, pues no había tiempo fijo, entonces estaban en disposición de dirigir á otros en la vida religiosa; esto hace que se vea en muchos lugares de la historia monástica como una sucesión de

maestros y discípulos. Así San Arsenio, de quien el abad Juan el Enano fué padre espiritual, tuvo también discípulos, quienes á su tiempo lo fueron igualmente de otros. También habían que no dejaban sus padres espirituales hasta que morían, y que se dedicaban á servirles en su vejez con tanto afecto, respeto, y atención que no se puede admirar bastante.

Tampoco debemos omitir que entre los jóvenes solitarios había tan buena costumbre de confesar su culpa y someterse á la penitencia, que esta excelente práctica de virtud les venía como natural todo el tiempo de su vida. Siempre estaban sometidos á la corrección de los Ancianos, y los mismos Ancianos lo estaban á la de los sacerdotes de las iglesias y de la asamblea de los Padres, y con más razón á la del obispo, quien tenía la jurisdicción ordinaria sobre ellos como jefe de todos. Así cuando se reprendía á un solitario, se ponía de rodillas, diciendo. *Yo os suplico me perdoneis, ó: Yo estoy dispuesto á enmendarme.* Y lo más admirable es que igualmente se humillaban aún cuando se les hacía alguna injuria. Esta subordinación contribuía muchísimo á conservar entre ellos una buena armonía, puesto que la dependencia evita las divisiones, así como la indocilidad las escita y fomenta. Mas su unión estaba aun más cimentada y más estrictamente asegurada por los vínculos de la caridad: por esta caridad era que ellos se interesaban tanto los unos por los otros, que ellos se auxiliaban y socorrian en las necesidades temporales, y que ellos se escitaban reciprocamente á su aprovechamiento espiritual.

No era grave la culpa en la cual cayó un solitario por un efecto de la fragilidad humana, que movió vivamente el corazón de los otros hermanos hasta hacerles derramar lágrimas, y que los determinó á ayudarle á levantarse, ya dándole consejos saludables, ya fortificándole contra

las nuevas tentaciones, ya fortaleciendo su coraje abatido por el desconsuelo y la desesperación. Hasta en las ocasiones en que los Ancianos se veían obligados á recurrir á medios extraordinarios para corregir á los monjes infractores, nada entraba de humor ni de pasión en su juicio ; ó si alguno se dejaba llevar al efecto por alguna indiscreción de celo, los más cuerdos la moderaban muy pronto con sus prudentes consejos ; y por fin, la intención de todos era hacer arrepentir á los culpables y salvar su alma, cuando la ruina justamente les alarmaba. Esto ' no se hacía sino cuando después de haber agotado todos los recursos de la caridad, de la dulzura y del celo echaban por fin de sus corporaciones á aquellos cuya inflexibilidad fatigaba la paciencia é inutilizaba la corrección : sólo entonces los separaban como miembros pudridos, por temor que su obstinación viciase á los otros ; mas mientras había alguna esperancilla en estos enfermos espirituales, no cesaban de cuidar su enfermedad como padres y caritativos médicos.

En cuanto á los auxilios temporales, los más jóvenes ayudaban á los ancianos en los trabajos penosos de las comunidades ; pero estos muchas veces por un espíritu de mortificación y una perseverancia constante en la penitencia, no querían permitir que les auxiliasen. Pero su caridad resplandecía aún más en los asiduos cuidados que tenían de los enfermos. Aquellos que se encontraban en los monasterios estaban allí servidos por los enfermeros destinados para eso por el superior, aparte de las atenciones que él les prodigaba en particular ; y aquellos que estaban en las apartadas celdas en el desierto, eran visitados asiduamente por los hermanos, quienes jamás les dejaban solos, se relevaban los unos á los otros, encontrándose á veces muchos reunidos. Allí nada se omitía para mitigar los males ; y cualquiera cosa que ellos hubiesen deseado, se trataba de procurárselo al momento.

Cuenta el diácono Pelagio que un anciano estando enfermo en Scete, manifestó algunas ganas de comer un pedazo de pan tierno. En el desierto no había ; pues allí se acostumbraba hacer provisión de panes pequeños para muchos meses ; más un robusto hermano, viendo el deseo de ese buen viejo, tomó al momento su manto con el cual envolvió un pan seco, y con toda diligencia se fué al Egipto para buscar un pán caliente, que lo llevó enseguida al enfermo. Mucha era la distancia de Sceté á Egipto ; pero su caridad lo hizo volar, y quedaron bien sorprendidos al verle volver con ese pan. El viejo pensando en la fatiga que este hermano había sufrido para contentarlo, no quería comer el pan : Esto, decía, es la sangre de ese hermano ; pero los otros que estaban cerca de él, le suplicaron lo comiese por amor de Dios, á fin de que el tal hermano no hubiese trabajado inútilmente ; y él se rindió á sus razones.

Ordinariamente se encontraban en gran número al rededor de los enfermos que estaban próximos á la muerte, fuera para socorrerles corporalmente en cuanto pudieran tener necesidad, fuera principalmente para auxiliarlos en lo espiritual. A este objeto se ha dicho que un anciano encontrándose cerca de la muerte, y estando los hermanos reunidos al rededor de él, como le pusieran una ropa mejor que la que tenía, é hicieran eso llorando mucho, abrió los ojos y se puso á reír por tres veces : « Vos veis, le dijeron entonces, que todos nosotros lloramos, porque pues, Padre mio, reis vos ? » — « Yo he reído en primer lugar, les respondió, porque comprendo que vosotros temeis la muerte ; he reído en segundo lugar, porque vosotros no estais preparados para recibirla ; y en fin, he reído, porque ha llegado la hora en que yo voy á pasar del trabajo al descanso. »

Rufino, hablando de los solitarios de Scete, dice que estaban muy aficionados á ejezcer la caridad, no solamente

entre ellos, si que también para con aquellos que iban á su soledad. Pero en cuanto á las mujeres observaban una conducta bien diferente; pues, si alguna iba á visitar á su hermano ó alguno de sus parientes, era costumbre que no se hablasen sino de lejos.

---

#### DEL DESIERTO DE PORPHYRION Y DE CALAMIA<sup>1</sup>

La semejanza de los nombres puede fácilmente hacer confundir dos desiertos que conviene distinguir en la historia monástica. El desierto de Calamia y de Porphyrión y el de Calamón y el Porphyrita. Este se llamaba Calamón el Arsinoíta, por estar en la diócesis de Arsinoia sobre la orilla oriental del Jordán, y el otro al medio dia del desierto de Scete, de que formaba parte, y mucho más lejos que el primero de los países habitados. También en la Palestina había un Calamón, próximo al Jordán, ó sea el monasterio de Calamón, que no estaba lejos de la *laure*<sup>2</sup> que se llamaba de *Tours* y del cual se hace mención en el *Prado espiritual*. Nosotros hablamos de Calamia de Scete.

Casiano dice que para llegar allí se debían hacer siete á ocho jornadas por un desierto muy extenso, y que los solitarios que allí moraban no se podían dedicar á construir cestas, como los de otros desiertos; porque estando

<sup>1</sup> Casiano, Cotelier, Tillemont, *Gazeo vitæ Patrum*.

<sup>2</sup> La *laure* se distinguía del monasterio. En el monasterio se hacía una vida común, mientras que en la *laure* cada uno hacía á parte una vida solitaria, sólo que todas las celdas estaban bajo la dirección de un abad. La primera *laure* parece haber sido fundada por San Charito sobre las orillas del mar Muerto.

tan lejos de las ciudades se les hacía el transporte demasiado caro y penoso, ocupándose la mayor parte en la agricultura y jardinería. Se cree que Calamia y Porphyrión son un mismo desierto, lo mismo que *Petra*<sup>1</sup> del cual se ha hablado en algunos lugares de las *Vidas de los Padres*, por cuanto son considerados como los lugares más recónditos de la soledad de Scete. Estos desiertos eran habitados por monjes que no solo huían del vecindario de las ciudades buscando mayor retiro, si que también las soledades más pobladas de monjes, como era la de Scete, á donde la reputación de los primeros que allí se habían establecido, atrajo tan gran número, que eso mismo fué causa de la relajación que allí se introdujo, y de las revoluciones que insensiblemente arruinaron la observancia monástica. Nada sabemos digno de consideración de los solitarios de esos desiertos.

Se ha hablado en las *Vidas de los Padres*, de un religioso llamado Juan de Calamia, quien por sus virtudes se distinguió entre sus hermanos. Se hizo solitario por las exhortaciones de una hermana mayor que tenía, la cual habiendo vivido desde su infancia en una gran piedad, lo elevó en los mismos sentimientos inspirándole un gran menosprecio de las vanidades del siglo. Ella entró después en un monasterio de vírgenes, y Juan habiendo abrazado la vida monástica en el desierto de Calamia, vivió allí veinticuatro años sin salir de su monasterio. Su hermana, á quien amaba mucho más por la educación santa que le había dado, después de tan largo tiempo deséo verle, y le suplicó por muchas cartas que le concediera este consuelo por amor de Jesucristo, antes que élla partiera de este mundo; pero Juan siempre se escusaba, no pudiéndose decidir á dejar su amada soledad.

<sup>1</sup> Esta Piedra es diferente de la Piedra ó Roca de Troe, de la cual hemos hablado en la Vida de S. Arsenio.